

tituyer en alguna parte de los vastos dominios que antes habia poseido su familia.

Me he extendido quizas demasiado en mi relacion: y no debo añadir para terminarla, sino que sus esperanzas se cumplieron, y que una parte de su numerosa y floreciente familia está establecida en Francia, y otra permanece en América (uno de sus miembros pienso que es abogado en Nueva-Yórc), mientras el héroe y la heroína del romance continúan habitando en el distrito de Oneida, no en un *wigwam* ó cabaña, sino en una buena casa, hermosamente situada, con todas las conveniencias de la vida civilizada.

Tal es la relacion que oí á un compañero de viaje de diligencia. A mí me ha parecido interesante y como tal la he repetido, aunque no tengo mejor autoridad para asegurar su verdad, que la asercion de un viajero desconocido.



CAPITULO XXXIV.

Vuelta á Nueva-Yorc. — Conclusion.



La posada de los Adelfos nos volvió á recibir en Albania el dia 14 de junio, y nos decidimos á pasar allí el dia siguiente, tanto para ver el pueblo, como para reponer nuestras fuerzas que habiamos apurado en una expedicion cansadísima y con el calor insupportable de la estacion. Hubiera sido mui difícil encontrar mejor descanso para nuestro propósito. Las habitaciones de la posada son espaciosas y ventiladas, y hai nieve con abundancia.

Pero, á pesar de las muchísimas conveniencias de esta excelente posada, me sorprendió el plan de vida tan *anti-ingles* que seguian dos señoras que, al parecer, se habian establecido en ella permanente. Eran una madre y su hija; la hija era en extremo linda, y tenia dos criaturas. Yo no sé donde estaban los mari-

dos de aquellas damas, si vivian ó se habian muerto; ellas me dijeron que hacia un año que estaban *à pension* en la fonda. Almorzaban, comian y cenaban en la mesa redonda, unas veces con veinte personas, otras veces con ciento, segun daba la casualidad; iban bien vestidas, tocaban el piano en la sala comun, y me aseguraron que se hallaban mui bien, y que no les faltaba conveniencia algun. ¡Qué vida!

Algunas partes de la ciudad son hermosas. El Mercado principal, la Cámara de representantes, y algunos otros edificios públicos estan ventajosamente situados sobre una colina que mira al Hudson, con anchos patios, cubiertos de yerba y adornados de árboles alrededor.

Muchas de las tiendas son grandes, y estan dispuestas y arregladas con gusto. En una de ellas me ocurrió una anécdota que me divirtió infinito. Entré para comprar agua de Colonia, pero como la que me sacaron, era sin exageracion malísima y mui barata, pregunté si no la tenian de mas precio y mejor.

— « Sois extranquera, por lo que *adivino*, fué la respuesta. Los Yanquies buscan lo barato, y eso les basta; aquí no se paran tanto en la bondad del artículo como las Inglesas. »

Nada acertaria á sobrepujar en hermosura

el paisaje que vimos al bajar el Hudson al dia siguiente. Como pensaba en algunos de mis amigos de Inglaterra, admiradores apasionados de la naturaleza pintoresca, no pude contenerme y exclamé :

« Que je vous plains ! que je vous plains !
Vous ne la verrez pas. » (*)

Porque ni aun la vista panorámica, que brilla á sus ojos una hora entera con todo el esplendor escénico de Drury-Lane ó de Covent-Garden, podria darles una idea de tan sublime cuadro. El arte no les mostraria mas que un lado. El cambio, el contraste, la incesante variedad, que se os presenta al virar de un lado á otro; la tersa y líquida faz del ancho espejo en que se retrata el espectáculo de las orillas, y mas que todo la brillante claridad del aire por medio del cual se ve, son portentos de hermosura que solo pueden creerse, atravesando el Atlántico.

Conforme nos acercabamos á Nueva-Yorc, se iba templando el calor ardentísimo del dia, y caian las sombras de la tarde sobre las bellas quintas que pasabamos, refrescando con un aura consoladora la atmósfera abrasada. Realmente

(*) « Cómo os compadezco ! cómo os compadezco !
No la vereis jamas. »

no alcanza mi imaginacion á figurarse nada mas exquisitamente delicioso que este acercamiento á la ciudad. El arranque soberbio de la ribera sobre la orilla de Jersey, y la dulce amenidad de las praderas frescas y sombrías de las márgenes opuestas con la plateada y ancha corriente que se desliza entre ellas, forman una pintura que sirve de excusa al viajero, cuando dice y repite que el rio Hudson no cede en belleza á ninguno de los que corren fuera del Paraiso.

Ya estaba entrada la noche cuando llegamos á la ciudad, y nuestra satisfaccion fué grande al hallar vacante nuestro alojamiento de la calle de Hudson, y á nuestra agradable huésped, la Irlandesa, dispuesta á volvernos á recibir. Allí pasamos otra temporada de quince dias, temporada en que volvimos á disfrutar los halagos de la elegante hospitalidad de Nueva-Yorc, aunque esta vez nos dispensó su agradable acogida bajo la sombra de sus alegres quintas. En verdad que si toda la América fuese como esta ciudad, y toda su poblacion, no toda, sino una corta porcion de ella, como los amigos que he dejado allí, no me detendria en declarar que era el pais mas hermoso del mundo.

Empero ya era tiempo de despedirse. Teniamos que tratar el negocio importante de

nuestro pasage para volver á nuestros hogares. Cualquiera puede conocer lo que es atravesar el Océano antes de comprender la inmensa importancia de los pormenores y arreglos que son inevitables para acomodarse. La primera vista del capitan, cuya fisonomía se estudia con la mayor ansiedad, para adivinar si es amable, ó si es áspero; la ojeada, no mucho menos importante, que se echa al mayordomo, hombre generalmente de color, pero de no menor expresion en el rostro; el exámen minucioso aunque rápido de los camarotes y cámaras; el de las buenas ó malas disposiciones de la escalera, por donde se tiene el pasajero que encaramar y dejar caer de la cubierta al camarote, y del camarote á la cubierta; todo esto no se puede entender bien, hasta que se ha pasado por la necesidad de apreciarlo á su justo valor. Al cabo quedó arreglado este negocio interesante, y arreglado felizmente. Las apariencias prometian mucho, la realidad sin embargo excedió nuestras esperanzas. Apresuramos nuestros preparativos, y empaquetamos nuestra « prendería, » como el capitan Mirven llama con harta dureza el tocador y guardaroja de las damas, bienes parafernales del mayor precio para una muger, y con los demas artículos mis seiscientas páginas de garabatos.

Basta ya de ellas; sin embargo es menester que añada unos cuantos renglones.

Sospecho que lo ya escrito probará hasta la evidencia que no me gusta la América. Ahora bien, como suceda que he encontrado allí con personas que amo y admiro con mas que un amor y una admiracion de un conocimiento ordinario, y como suceda tambien que yo declaro que el pais es hermoso á la vista, y riquísimo de todos los dones de la abundancia, yo misma no puedo dejar de preguntarme ¿ en qué consiste que la América no me gusta? Yo quisiera conocerme á mí misma, y confesar á los demas, porque ni su hermosura ni su fecundidad no bastan para neutralizar, ó dulcificar en gran parte la aversion que dejan en mi mente sus recuerdos unidos.

Yo me acuerdo de haber oido decir hace algunos años, habiéndose discutido acerca de las ventajas ó desventajas de una residencia particular que era el ¿quién? y no el ¿dónde? lo que hacia un lugar apacible ó desapacible. La verdad de la observacion me se quedó grabada profundamente en la memoria, y á cada paso he hallado pruebas de la exactitud de ella en los acontecimientos comunes de la vida. Al aplicar la máxima al Norte de América, no hablo de mis amigos ni de los amigos de mis ami-

gos. El corto bando de los patricios es una raza á parte; ellos viven entre sí mismos y para sí mismos; miran con prodigiosa indiferencia las materias de estado que abandonan á sus sastres y remendones de calderas, y seria tan errado tomarlos por dechados del pueblo americano como seria errado creer que la cabeza de lord Byron es el tipo de las cabezas de millores, los mui nobles y mui honrados pares de la Gran-Bretaña. Lo repito: yo no hablo de estos; hablo de la poblacion en general, tal cual se encuentra en la ciudad y en el campo, como se ve entre el rico y el pobre, en los estados donde hai esclavos y en los estados donde no los hai. De esa generalidad digo que no me gusta. No me gustan sus principios, no me gustan sus costumbres, no me gustan sus opiniones.

Yo sé bien que como muger y como extranjera, seria poco decente que dijera que no me gusta su gobierno, y por lo mismo no lo digo. Que ellos estan contentísimos con él, es mui cierto, y eso vale considerablemente mas que el que lo esten ó no cuantas viejas tengan el capricho de andar viajando por el mundo. Yo he entrado en el pais por Nueva-Orleans, he residido en la parte occidental de los Aleghanies por espacio de mas de dos años, y he pasado otro año en las poblaciones atlán-

ticas y en el pais que las circunda. Durante ese tiempo he hablado con ciudadanos de todas clases, órdenes y grados, y jamas he oido proferir á ninguno la mas ligera queja, la palabra menos comedida contra su gobierno. No debe pues sorprender que cuando cualquier Americano oye á un extranjero que pone en duda la sabiduría de sus instituciones, y que desaprueba algunos de sus efectos, de por cierto inmediatamente que el extranjero que critica es incapaz de juzgar, ó que lo hace impelido por un sentimiento malicioso de envidia y malquerencia.

¿Cómo ninguna persona en su cabal sentido puede dudar de la excelencia de un gobierno que estamos experimentando hace medio siglo, y que cuanto mas tiempo pasa tanto mas lo queremos?

Tal es la pregunta que naturalmente hace todo Americano, cuando no se admite á ciegas la excelencia de su gobierno; y yo estoy tentada á responder que nadie que haya visitado el pais, y conózca á sus habitantes, dudará en su buena razon de que es un gobierno que les cuadra, en el estado en que ahora se hallan, mas no dudará tampoco de que absolutamente á ningun otro pais puede convenir.

Yo no sé si el gobierno ha hecho que sea el pueblo lo que es, ó si el pueblo ha hecho el

gobierno lo que parece ser; pero si ha sucedido lo segundo, menester es confesar que ha mostrado un tesoro de sabiduría que el mundo entero puede admirar y de que debe aprovecharse.

Notorio es, hablando históricamente, que la poblacion blanca que ahora ocupa los Estados Unidos tuvo por cepa y tronco original á personas que ó emigraron voluntariamente ó fueron desterradas de la madre patria. Fué propicia la tierra que encontraron á su incremento y prosperidad; la colonia creció y floreció. Pasaron años y mas años; los hijos y los nietos y los bisnietos y tataranietos de los primeros colonos la poblaron, y la encontraron rebosando en rios de leche y miel. Que quisieran guardarse para ellos esa leche y esa miel, nada tenia de mui sorprendente. ¿Qué hizo la madre patria por sus hijos ausentes? Envióles bizarros y alegres oficiales que les guardaran sus fronteras, las cuales pensaron ellos que podian guardar por sí mismos; y en seguida dióle el capricho de imponer derechos á su té, cosa que era menos llevadera; y para aliviar esta molestia no dejaba á la distante colonia que sacara gran raja de sus favores, ni tuviera parte en sus glorias. No iba á escojer entre los colonos á sus altos y poderosos caudillos, á sus sabios y prudentes consejeros: los destellos que emanan de ese brillante sol del honor, del

trono británico, apenas alcanzaban hasta sus lejanas costas. No conocían á sus reyes ni á sus héroes, ni se curaban de ellos; el mas medrado de sus traficantes era su principal magnate; las santas cátedras del saber se habian convertido en cunas de supersticion, segun su opinion; la aristocracia con todo su esplendor era una sanguijuela que leschupaba su «sangre de oro.» La riqueza, las ciencias, la gloria de Inglaterra, nada era para los pobladores de la nueva region, — vivir y gobernarse á su manera, todo.

¿Puede vituperarse su deseo de conseguir su independenciam? ¿Quién lamentará su triunfo?

Y ya dueños de su propia fortuna ¿qué debieron haber hecho? Sus ancianos se alzaron y dijeron: — «Formemos un gobierno que nos convenga á todos: un gobierno rudo y áspero y turbulento, que no afecte dignidad, gloria, ó esplendor, que no intervenga en lo que cada cual quiera hacer, ni se entrometa en lo que haya hecho, que no imponga contribuciones, leyes de caza ni leyes de pobres, que deje á todo el mundo el derecho de contribuir á la formacion de las leyes, y que no moleste á nadie para observarlas, que no dé á los magistrados púrpura ni á los jueces martas ni terciopelos, que si un ciudadano se enriquece, tenga cuidado de que sus nietos pidan limosna, para que se conserve la igualdad, que abandone

á cada uno el cuidado de velar por sí; y de ese modo, añadieron, si la Inglaterra nos incomoda, entonces pelearemos todos por nuestra independenciam y libertad.

¿Se pudo imaginar cosa mejor para un pueblo en tales circunstancias? O ¿debe parecer extraño que un pueblo en tales circunstancias esté contento con tal gobierno? Todavía es menos extraño sin embargo que los que estan acostumbrados á vivir en el seno de la tranquilidad y del orden, y conocen que su pais va perfectamente, y que prospera sin su vocear, alborotar, arañarse, y trepar por donde el diablo los encamina para sostenerlo, den gracias á los dioses por no ser republicanos.

Hasta aquí todo es bien. Que los Americanos prefieran una constitucion que les cuadra tan perfectamente á otra que de ningun modo les cuadraria, no es motivo para que nosotros les suscitemos una pendencia; ni tampoco deben ellos buscarnos rencilla, si nosotros no nos sentimos dispuestos á cambiar las instituciones que nos han hecho lo que somos por ningun otro código del mundo.

Empero cuando un Europeo visita la América, se levanta contra él una especie de tiranía extraordinaria; y por lo que yo he leído, y puedo juzgar por mi propia experiencia, es

una tiranía que ningun país ha egercido nunca contra los extrangeros.

Los Franceses visitan la Inglaterra, ellos *s'abiment d'ennui* en nuestros severos banquetes, se encojen de hombros al ver nuestro *corps de ballet*, y se rien à gorge déployée (*) de nuestra pasión por las corridas de caballos, y nuestra afición decidida al *roast-beef* (**) y al puding de pasas. El Ingles les vuelve la visita, y la primera excursion que hace al llegar á Paris, es al « *Teatro de las Variedades* » á toda priesa por ver « *Les Anglais pour rire*; (***) », y si en el tumulto de risas y aplausos, se oye levantarse una carcajada mas cordial que ensordece el estrépito general, buscad á la persona de quien proviene, y os encontrareis con un Ingles.

El Italiano viene á nuestra verde isla, y gime y se lamenta de nuestro clima; declara que el aire que destruye una estatua no puede ser saludable para el hombre; suspira por sus naranjos y sus macarrones, y se sonrie al ver que nuestra nacion pretende los laureles de la poesía, mientras no se oyen cantar poemas épicos

(*) A carcajadas.

(**) Vaca asada.

(***) Los Ingleses para reir : especie de sainete en que se sacan á las tablas todas las ridiculeces que pretenden hallar los Franceses en sus amigos de ultramar.

en las calles. No obstante nosotros recibimos con agasajo al hombre sensible del mediodia, escuchamos sus quejas con interes, cultivamos nuestros naranjeros, y hacemos que nuestros hijos aprendan á chapurrear las octavas del Taso, con la esperanza de hacernos mas agradables.

Sin embargo no llevamos nosotros la censura con mas paciencia que las demas naciones de Europa, ni el deseo de aprovecharse de ella es tan general entre los Ingleses : nosotros nos reimos y la calificamos de injusta, como hacen nuestros vecinos con respecto á nosotros, riéndose con nosotros y adoptando nuestras modas y costumbres. Estas chanzas recíprocas divierten, y entretienen el buen humor sin agriar el amor propio ni provocar una enemistad rencorosa; y mientras los gobiernos estan en paz, los individuos de todas las naciones de Europa hacen punto de orgullo y aun materia de placer, el juntarse unos con otros á menudo, discutir, comparar, racionar sobre sus variedades nacionales, y adoptar, como señal de buen gusto y elegancia, el imitarse alternativamente en todos los adornos exteriores que hermocean la existencia.

El resultado de esas disposiciones recíprocas se percibe agradabilísimamente en nuestros dias por todas las capitales de Europa. La larga

paz de que gozamos ha dado ocasion para que unas tomen de otras lo mejor de sus costumbres y maneras, y de ahí ha resultado el adelanto rápido del pulimento é instruccion general que se nota en todas partes.

Para los que están identificados con ese orden de cosas, el contraste que les presenta el Nuevo Mundo, es mas repugnante de lo que puede figurarse la imaginacion; y es indudable que esta es en gran manera la causa del sentimiento general de hastío y fatiga que se apodera de la memoria, al recordar las horas pasadas en la sociedad americana.

Una sola palabra que indique incertidumbre de que alguna cosa ó todo lo de aquel pais no es lo mejor del mundo, produce un efecto, que no es fácil entender, sin haberlo visto y sentido. Si el patriotismo de los ciudadanos del Norte de América fuera tan acendrado como ellos lo proclaman, ciertamente no se encerrarian en la dura, seca y obstinada persuasion de que ellos son los primeros y los mejores del género humano, de que no hai que aprender sino lo que su sabiduría es capaz de enseñar, y de que nada es digno de adquirirse sino lo que ellos poseen.

Difícilmente descubriría el ingenio del hombre un antídoto mas eficaz contra los progresos del entendimiento que semejante persua-

sion; con todo no he oido discurso público, ni leído obra exprofesamente dedicada á la nacion, en que no se esfuerzen a imbuir al pueblo en ella.

Indicar á la generalidad de los Americanos que el curso silencioso de los acontecimientos humanos puede alterar su gobierno amado, no es á la verdad seguir la senda por donde se grangeará sus favores el que los solicite; aunque no necesitan en realidad atormentarse con tales miedos. Mientras de comun acuerdo y general consentimiento desatiendan la preeminencia que ha concedido la naturaleza á las grandes facultades, mientras eviten que despierden en su corazón ningun sentimiento de respeto humano y de honor los altos talentos, las maneras graciosas, y la elevacion merecida, que vivan seguros: no perderán el camino que llevan, ni dejarán de ser lo que ahora son.

He oido asegurar sin embargo que hai algunos de ellos que se alegrarian de ver ciertas modificaciones; algunos que con la sabiduría de filósofos y la veraz franqueza de hombres de honor condenan una igualdad que reconocen como falsa y que miran como imposible.

Yo creo en efecto que esos hombres existen, aunque jamas me han sido comunicadas semejantes opiniones, y me regocijaria de todas veras de que pasara á sus manos el poder.

Si tal aconteciere, si se introdujere en medio de ellos el refinamiento, si aprendieren al cabo á honrar las gracias, á estimar los honores, á amar la caballería de la vida, entonces diriamos adios á la igualdad americana, y procurariamos avenir con la sociabilidad europea una de las mas bellas regiones de la tierra.

FIN.

Notas.

(1) PAGINA 22.

El buen orden, la economía, el crédito, el justo equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas, todo lo que supone virtud é inteligencia, justifica el orgullo de las naciones del mismo modo que sirve de excusa á la vanidad de los individuos. Si los Estados-Unidos hacen alarde de la situacion próspera de su hacienda pública, tambien pueden lisonjearse de una independencía que ningun otro gobierno, especialmente de Europa, goza en la época actual — época en que los ministros de los reyes se ven precisados á pasar por el escritorio de un usurero, para ir á la sala de consejo, y para comprar amigos ó acallar adversarios.

La economía de los Americanos del Norte evita que los agentes del poder lo hagan degenerar en tiranía, corrompiendo las costumbres. El apego al interes, la venalidad, la codicia, son faltas de que desgraciadamente no se halla exento el carácter anglo-americano; pero no hai individuo que ignore que los hombres del gobierno son pobres, y